

Desecho

I.

El grupo de voluntarios de la UMA estaba ya en el mar, cerca del espigón. El agua les llegaba por la cintura y hacía mucho calor. No era verano, sino lunes, pero el sol se pegaba como en agosto. Al fondo, a unos cien metros, divisaban a un hombre sentado en una moto acuática que los miraba con delectación, como si esperara algo de ellos o quizá desconfiara. Llevaba un sombrero de paja, gafas de sol, polo blanco, bermudas beige y sandalias. No se movía.

Cuando pareció haber estudiado la situación se acercó con lentitud al grupo de voluntarios. Se detuvo a tres o cuatro metros y siguió observando fijamente cómo hacían su trabajo. Unos se habían subido al espigón y otros seguían aún en el agua. Transcurrieron unos segundos de incomodidad y Sandra, futura fisioterapeuta, 23 años, una de las más desenvueltas, se animó a saludar.

—Hola.

—Hola —respondió el hombre sin inmutarse. No parecía tener intención alguna de prolongar la conversación, aunque tras una tensa espera se atrevió a preguntar: —¿Qué hacéis?

—Limpiar.

—¿Limpiar el qué?

—Pues la playa —contestó Sandra con extrañeza.

—Ah.

El hombre continuó con la mirada detenida en ella un rato más, sin hacer ademán de querer añadir algo. Al cabo de un rato arrancó la moto y se perdió en la distancia ante la perplejidad de los voluntarios.

II.

Esta vez el señor se acercó con menos disimulo, llegando a salpicar a alguno de los voluntarios. Incluso tomó la iniciativa.

—Hola.

—Hola —dijo Brenda buscando de reojo a Sandra, como si tuviera algún tipo de responsabilidad en el desagradable ambiente que se respiraba.

El hombre permaneció quieto como el día anterior mientras los voluntarios, recelosos ante el personaje que los importunaba, completaban sus tareas.

Después de diez minutos, cuando se habían acostumbrado a la vigilancia del autoproclamado capataz de las operaciones, vieron cómo éste se levantaba y sacaba del asiento de la moto una torta de arroz y una botella de agua. Bebió unos tragos y comenzó a comer sin apartar un segundo la mirada. Cuando acabó hizo una bola de papel con el envoltorio de la torta, que se le escapó entre las manos y acabó en el agua. No supieron si hubo intención al dejarlo caer, pero sí que no tuvo ninguna de recogerlo. Se volvió a apoyar en el asiento con los brazos cruzados y media hora más tarde se marchó. La propia Sandra, con un extraño sentimiento de culpa, fue quien recogió los desechos.

III.

Al día siguiente montó un picnic. Primero sacó un botellín de medio litro de Coca-Cola. En un plato de usar y tirar se sirvió unas patatas fritas y en otro preparaba un sándwich mixto. Dejó el plástico de los tranchetes de queso sobre el asiento, pero pronto echó a volar junto a algunas de las patatas. Los voluntarios no ocultaron su disgusto y se lo hicieron notar sin necesidad de recurrir a la palabra. El señor no se dio por aludido. Siguió desayunando tranquilamente y, al acabar, barrió con el brazo la superficie donde había puesto los cacharros, tirando todo al agua. Unos miraron a la monitora y otros a Sandra. La primera hizo por acercarse, pero para entonces Sandra ya se había plantado delante de él. El hombre iniciaba los preparativos para marcharse.

—¡Señor! ¡Perdone, señor! ¡Oiga! ¡Es a usted, el de la moto de agua!

El hombre se giró.

—Sí.

—Que llevamos aquí ya para tres días limpiando la playa y usted nos la está ensuciando más.

—¿Es culpa mía que la playa esté sucia? —preguntó. Su actitud no era agresiva ni chulesca. Hablaba con seriedad y juicio, sin infundir temor, en un tono plano. Parecía un loco inconsciente nada más, o quizá un loco que disfrutaba de la rabia ajena, pero no lo suficiente como para mostrar alegría.

—No digo que sea culpa suya, pero nos está haciendo más difícil el trabajo, que bastante mierda hay ya como para que encima nos tire la Coca-Cola y el no sé qué. Ayer ya se le cayó el papelito de la galleta y no supimos si había

sido aposta o no, pero hoy ya hemos visto que ha hecho 'así' con el brazo y lo ha tirado sabiendo que íbamos a ir detrás a limpiarlo.

—No era una galleta, era una torta de arroz. Yo estoy aquí comiendo tranquilamente en mi moto y con el viento se me han caído las cosas, así que no sé qué dices. De todas formas, a vosotros os paga el ayuntamiento por limpiar todo esto, así que cuanto más sucio esté mejor para vosotros, ¿no? Si esto estuviera limpio no tendríais nada que limpiar.

—¿¡Pero qué dices!?! ¡Si somos voluntarios! Estamos aquí porque queremos que las playas estén limpias y la gente se pueda bañar tranquila y no nos carguemos el medioambiente, cosa que a *tí* parece que no te interesa.

En ese momento llegó la monitora.

—Háganos el favor de marcharse, señor. No nos fastidie la mañana. Estos chavales son estudiantes que con toda la buena voluntad vienen a limpiar la playa para que todos la podamos disfrutar. Háganos ese favor, haga el favor. El hombre, sin cambiar el gesto, siempre impasible, siempre imposible de conmovir para bien o para mal, dio media vuelta con la moto y desapareció.

IV.

Al cuarto día se presentó a revisar las maniobras con un saco de basura a los pies, en el lomo de la moto. Cuando estimó oportuno abrazó el bolsón y trató de levantarlo a pulso. Al apretar la zona intermedia del bulto, la parte superior de los desechos empezó a desbordar y verter directamente al agua. Hizo falso amago de tratar de evitar que la porquería siguiera desparramándose y sólo consiguió volcar por completo el contenido. Viendo el revuelto de desperdicios flotando en el agua y la bolsa de plástico negra, vacía y arrugada en su mano, decidió soltarla y, con una sacudida de la pierna, lanzarla también al agua.

—¿Usted es que quiere que llamemos a la policía? —esta vez Sandra perdió los nervios mucho antes. —Qué poca vergüenza. Pero ¿cómo se puede tener tan poquísima vergüenza? Es que no me lo creo, vaya gente. ¿Es que te da igual todo? ¿No piensas en el mundo que le vas a dejar a tus hijos o qué? ¿Quieres que se bañen en una playa llena de mierda? ¿Quieres cargarte todas las especies marinas que hay, que cuando vean *Buscando a Nemo* te pregunten qué son los bichos esos que hay en el agua?

—¿Qué sabes tú de mis hijos y de lo que quiero para ellos?

—Yo sé lo que me estás demostrando con tus actos, ni más ni menos.

V.

Era viernes, y el señor llevaba cuatro bolsas a los pies, dos en el regazo y otras tantas atadas a los costados de la motocicleta. Cumplió con los pronósticos más pesimistas, aunque esta vez los voluntarios sólo tuvieron que recoger las bolsas bien cerradas. Los desechos no llegaron a esparcirse. Poco después hubo una segunda y última ronda de vertidos. A los 15 minutos se presentó la policía. Ya se había ausentado el señor.

Los voluntarios no volverían el sábado a aquella playa, por el calor habían convertido la jornada de limpieza en una semana completa con turnos pequeños, y tampoco volvería a aparecer por allí el señor después de haber sembrado de bolsas de basura la superficie marina. Ni unos ni otro supieron que su contraparte descansaría el sábado. Cada uno tenía sus motivos.

* * * * *

Se sentaron en un pequeño banco del parque que había en el tanatorio. La viuda, algo más recompuesta, empezó a relatar lo que sabía.

—Hace un par de meses descubrí que tenía el Diógenes. Se pasaba todo el día en el trastero, que como sabéis es bastante grande, y volvía siempre oliendo bastante mal. Yo ahí no entraba para nada, él tenía sus cosas de mecánica, su gimnasio, y me imaginaba que entre el calor y que haría un poco de ejercicio, por eso vendría oliendo como olía. Alguna vez le dije algo pero sin creérmelo mucho. ¿Cómo vas a pensar que tu marido está acumulando basura en el trastero? Además, que siempre ha sido una persona muy normal en todo. En fin, que un día lo descubrí, porque ya no era normal, y tuvimos una discusión bastante fuerte. A él le daba mucha vergüenza, pero a la vez quería que lo respetara, porque él no había invadido la casa por respeto a mí. Quería que le dejara a él esa zona, que le tranquilizaba y no molestaba a nadie. No conseguí convencerme y al final quedamos en que poco a poco se desharía de toda la basura, pero no hizo nada de lo que me prometió. Seguimos discutiendo y al final me tuve que ir, porque no aguantaba esa situación. Ya no era él: hasta entonces se había comportado, pero al defender su basura se estaba transformado en otra persona. Había perdido todos los filtros. Acabé

dejando la casa, era una situación insoportable. Pero todo fue a peor para él. Fui a visitarlo varias veces, porque obviamente una no se olvida de su marido así de fácil. No se trataba de querer, porque lo quiero y lo seguiré queriendo. En fin, que poco a poco la basura fue invadiendo toda la casa. Ya ni siquiera tocaba a la puerta al llegar: desde las ventanas veía las bolsas y del asco y la pena que sentía me volvía. Hace dos o tres semanas, cuando ya había pasado un mes y pico desde que me fui de allí, me llamó completamente hecho polvo y me prometió que iba a cambiar, que volviera con él. Fui a la casa y tuvimos una charla de dos horas en el dormitorio, que era lo único que no estaba ya lleno de basura. Lo noté como siempre había sido, me lo creí y tuve muy claro que de verdad iba a tirar toda la mierda que había. Con el cariño del momento y tal lo hicimos... ya sabes, lo hicimos y justo después de hacerlo cambió otra vez de opinión. Ya sabes cómo son los hombres. Tenía más claro que nunca que no podía deshacerse de la basura. Me volví, imagínate, más decepcionada que nunca, me hinché de llorar. Ya ahí se había roto todo de verdad. Y lo más increíble, y es lo que ahora mismo no comprendo, es que, a pesar de todo, algo pasó estos días para que de repente la basura empezara a desaparecer de la casa. Algo le debió hacer pensar que hasta ahí había llegado. De alguna manera había recuperado la ilusión. Me dijeron que los últimos días lo habían visto hablando con un grupo de chavales en la playa, aunque también me han dicho que eran operarios del ayuntamiento. El caso es que yo creo que lo que sea que haya hablado con esos chavales, de alguna manera le han curado. Cuando se lo encontraron... cuando se encontraron su cuerpo sepultado por la basura... el pobrecillo... el pobre ya había vaciado casi toda la casa. La mayoría de las bolsas estaban fuera, preparadas para tirarlas. Algunas en la moto de agua, atadas, eso sí que no he llegado a comprenderlo. Sólo le quedaba el trastero por limpiar, joder. Por lo que sea ya estaba curado, se lo encontraron bien vestido, joder. Y se tuvo que morir. Justo ahora. El pobre había superado las mil desgracias que le había puesto la vida por delante y de todas había salido bien. Sin familia desde muy pequeño y sin poder formar una conmigo, y mira que lo hemos intentado veces. Siempre dejándose la piel por construir un mundo mejor para sus hijos. Y ha tenido que explotar ahora, con 53 años. Justo ahora que por fin estoy preñada de él, de aquella vez en la habitación.